

mo los grandes ejércitos dejan siempre en pos algunos rezagados, el nuestro perdió doscientos ó trescientos soldados que quedaron esparcidos por el Egipto, que tomaron partido á favor de diferentes beyes, adquiriendo en breve mucha celebridad por su denuedo. Todos opinaban que si estos desertores se hubiesen reunido y nombrado un bey francés, en lugar de fraccionarse entre sí, se hubiesen hecho dueños del país.

Por desgracia les faltó un caudillo, y casi todos perecieron asalariados por los dueños que habian elegido. Hallándome en el Cairo, Mahamed-Ali-Pachá lloraba aun la muerte de uno de estos valientes. Este soldado, tambor en uno de nuestros regimientos, habia caído, siendo aun muchacho, en manos de los turcos, por efecto de las vicisitudes de la guerra; y al llegar á la juventud, se halló afiliado en las tropas del pachá. Mahamed, que aun no le conocia, exclamó al verle cargar á un grupo enemigo: «¿Quién es ese hombre? ¿No puede dejar de ser un francés!» Y en efecto, era un francés. Desde aquel momento se hizo el favorito de su señor, y no se hablaba sino de su arrojo. Poco antes de mi llegada á Egipto, sucumbió en un encuentro en que los otros cinco mamelucos perdieron sus caballos.

Tales mamelucos eran gascones, languedocianos y picardos; su jefe confesaba sin rebozo ser hijo de un zapatero de Tolosa. El segundo en autoridad servia de intérprete á sus camaradas, pues sabia bastante bien el turco y el árabe. Otro, jóven alto y pálido, habia vivido mucho tiempo en el desierto con los beduinos, y echaba muy de menos esta vida, pues me referia que cuando se hallaba solo en los arenales, montado en un camello, se sentia entregado á unos arrebatos de alegría, que no le era posible dominar. El pachá hacia tal aprecio de aquellos cinco mamelucos, que los preferia al resto de sus spahis: solo ellos imitaban y escedian el arrojo de aquellos terribles ginetes destruidos por el ejército francés en la batalla de las Pirámides.

Vivimos en el siglo de los prodigios; cada francés parece llamado hoy á representar un papel extraordinario: cinco soldados rasos de nuestro ejército eran en 1806 casi dueños del Cairo. No habia cosa mas divertida y singular que el ver á Abdallah de Tolosa jugar con los cordones de su cafetan, y dar con ellos en el rostro á los árabes y albaneses que le molestaban, abriéndonos así un ancho paso en las calles mas concurridas.

Por lo demás, estos reyes por el destierro habian adoptado, á imitación de Alejandro, las costumbres de los pueblos conquistados, pues ostentaban cumplidas túnicas de seda, vistosos turbantes blancos, y armas soberbias; tenian además un harem, esclavos y caballos de la mejor raza: extrañas comodidades de que sus padres carecen en Gascuña y Picardía. Empero en medio de las alfombras, tapices y divanes que vi en su casa, observé con placer un despojo de la patria: una casaca acribillada á sablazos, que cubria el pie de una cama hecha á la francesa. Abdallah reservaba tal vez aquellos honrosos girones de su antigua casaca para el fin de tan brillante sueño, como el pastor convertido en ministro:

Le coffre étant ouvert, on y vit des lambeaux,  
L'habit d'un gardeur de troupeaux,  
Petit chapeau, jupon, panière, boulette,  
Et, je pense, aussi sa musette.

Al día siguiente de nuestra llegada al Cairo, 1.º de noviembre, subimos al castillo para examinar el pozo de José, la mezquita, etc. El hijo del pachá habitaba á la sazón el castillo, y presentamos nuestros homenajes á su excelencia, de unos catorce á quince años de edad. Hallámosle sentado en un tapiz, en un gabinete desmantelado, y rodeado de una docena de aduladores que se apresuraban á obedecer sus caprichos. No he

visto en mi vida mas repugnante espectáculo. El padre de aquel niño era apenas dueño del Cairo, y no poseia ni el Alto ni el Bajo-Egipto. Y en tan precario orden de cosas, doce miserables salvajes alimentaban con las mas torpes lisonjas á un jóven bárbaro, encerrado para su seguridad en una torre. ¡Hé aquí el dueño que esperaban los egipcios, despues de tantos desastres!

Degradábase, pues, en un rincon de aquel castillo el alma de un niño, llamado á gobernar hombres, mientras en otro rincon se acuñaba una moneda de infima ley. Y para que los habitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro falsificado y el jefe corrompido que se les preparaba, los cañones estaban asestados contra la ciudad.

Preferia, por consiguiente, dirigir sus miradas á lo exterior, y admirar desde lo alto del castillo el vasto y maravilloso cuadro que presentaban á lo lejos el Nilo, los campos, los desiertos y las Pirámides. Parecia que las tocábamos, aunque nos hallábamos á la distancia de cuatro leguas. A la simple vista descubria perfectamente los ajustes de las piedras, y la enorme cabeza de la Esfinge que salia de la arena; pero á favor de un anteojo, contaba los escalones de los ángulos de la gran Pirámide, y distinguia los ojos y la boca de la Esfinge; ¡tan prodigiosas son estas masas!

Menfis habia existido en las llanuras que se extienden desde la opuesta orilla del Nilo, hasta el desierto donde descuellan las Pirámides.

«Estas felices llanuras que son, segun se dice, la mansión de los justos que han dejado de existir, no son en realidad sino las feraces campiñas inmediatas al lago Aquerusa, cerca de Menfis y hermoseadas por muchas lagunas cubiertas de trigo ó de lotos. No sin fundamento se ha dicho que los muertos moran en este lugar, porque allí se da fin á los funerales de la mayor parte de los egipcios, cuando, despues de haber hecho atravesar á sus restos mortales el Nilo y del lago Aquerusa, se les deposita al fin en unos sepulcros subterráneos en este campo. Las ceremonias que aun hoy se practican en el Egipto, convienen á todo lo que los griegos dicen del infierno, como tambien á la barca que traslada los muertos; á la moneda que es preciso dar al barquero, llamado *Charon* en lengua egipcia; al templo de la tenebrosa Hecate, colocado á la entrada del infierno; á las puertas del Cocito y del Leteo, sujetas por goznes de metal, y á otras, que son las de la Verdad y la Justicia, que no tiene cabeza.» (*Diod. trad. de Terrason*).

El 2 nos trasladamos á Djizé y á la isla de Rhoda. Examinamos el Nilómetro en medio de las ruinas de la casa de Murad-Bey. De este modo nos habiamos acercado mucho á las Pirámides, que á esta distancia, parecian de desmesurada altura; y como las veíamos á traves del verdor de los arrozales, la corriente del rio y las copas de las palmeras y los sicomoros, asemejábanse á unas fábricas colosales levantadas en un magnífico jardin. La luz del sol, de admirable suavidad, doraba la árida cordillera del Moqattam, los arenales líbicos, el horizonte de Sacarah y la llanura de los sepulcros. Un fresco viento impelia unas blancas nubecillas hacia la Nubia, y rizaba la vasta superficie de las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el país mas hermoso de la tierra; me son agradables hasta los desiertos que lo rodean, porque abren á la imaginación todos los campos de la inmensidad.

Al volver de nuestra escursión vimos la mezquita abandonada de que he hablado al ocuparme del El-Sachra de Jerusalem, y que me parece el original de la catedral de Córdoba.

Pasé otros cinco dias en el Cairo, esperando visitar los sepulcros de los Faraones; mas esto fue imposible. Por una extraña fatalidad, las aguas del Nilo no se hallaban bastante retiradas para ir á caballo á las Pirámides, ni bastante altas para acercarse á ellas em-

barcados. Enviarnos á sondear los vados y á examinar el campo; todos los árabes dijeron unánimemente que era preciso esperar aun tres semanas ó un mes, antes de intentar el viaje. Un retraso de este género me hubiera espuesto á pasar el invierno en Egipto, porque los vientos del Oeste iban á empezar; y esto no convenia ni á mis negocios ni á mi fortuna. Habíame detenido ya bastante en mi camino, y me esponia á no volver jamás á Francia, por haber querido subir hasta el Cairo. Fuéme preciso, por lo tanto, resignarme á mi destino, regresar á Alejandria y contentarme con haber visto las Pirámides, sin haberlas tocado. Encargué á Mr. Caffé escribiese mi nombre sobre aquellos grandiosos sepulcros, segun costumbre, á la primera ocasion, pues debemos cumplir todos los minuciosos deberes de un viaje piadoso. ¿No nos es grato leer sobre los restos de la estatua de Memnon, el nombre de los romanos que la oyeron suspirar al despuntar la aurora?

Por lo demás, me hubiera familiarizado mucho con la residencia en el Cairo, única ciudad que me ha dado cabal idea de una ciudad oriental, tal como acostumbamos á representárnosla; por esto figura tanto en las *Mil y una Noches*. Conserva aun muchas señales del paso de los franceses: las mujeres se muestran con menos reserva que en otro tiempo; hay una completa libertad de ir y entrar donde se quiere; y el traje europeo, lejos de ser un objeto de insulto, es un título de proteccion. Hay un jardin bastante ameno, plantado de palmeras con alamedas circulares, que sirve de paseo público, y es obra de nuestros soldados.

Antes de abandonar el Cairo, regalé á Abdallah una escopeta de dos cañones, de la fábrica de Lepage, y me prometió hacer uso de ella á la primera ocasion. Separéme de mi huésped y de mis amables compañeros de viaje; y me trasladé á Boulaç, donde me embarqué con Mr. Caffé para Roseta. Eramos los únicos pasajeros, y nos dimos á la vela el 8 de noviembre á las siete de la noche.

Bajamos con la corriente del rio, y entramos en el canal de Menouf. En la mañana del 10, al salir del canal, y al entrar en el gran brazo de Roseta, vimos el lado occidental del rio ocupado por un campamento de árabes. La corriente nos impelia á nuestro pesar hacia aquel lado, obligándonos á costear la orilla. Un centinela oculto detrás de un vetusto paredon, gritó á nuestro patron que abordase; mas él respondió que debia dirigirse á su destino, y que por otra parte no era enemigo. Durante este coloquio habiamos llegado á tiro de pistola de la orilla, y las aguas corrían durante mas de una milla en esta direccion. Viendo el centinela que seguíamos nuestro camino, nos hizo fuego; este primer disparo estuvo á punto de matar al piloto, que contestó con un escopetazo. Los árabes acudieron en tropel, se estendieron á lo largo de orilla, y sufrimos el fuego de la línea. Bogábamos con mucha lentitud, porque el viento nos era contrario; y para colmo de adversidad, encallamos un momento. No teníamos armas, y yo habia dado mi escopeta á Abdallah. En tan crítico lance, quise hacer bajar á la cámara á Mr. Caffé, que por complacerme se oponia á un perance trascendental; pero aunque padre de familia y de edad proveya, se empeñó en quedarse en el puente. Entonces eché de ver la extraña ligereza de un árabe, que descargaba su fusil, volvía á cargarlo á la carrera, y disparaba de nuevo, sin quedarse un solo paso atrás respecto de la barca. La corriente nos llevó al fin á la otra orilla, pero nos arrojó á las inmediaciones de un campamento de albaneses insurrectos, mas temible para nosotros que los árabes, porque tenian artillería, y una bala de cañon nos hubiera infaliblemente echado á pique. Descubrimos algun movimiento en tierra, y por fortuna la noche acudió en nuestro auxilio. No

encendimos fuego, y nos mantuvimos en profundo silencio. La Providencia nos condujo, sin otro accidente, en medio de los dos partidos enemigos, hasta Roseta, donde llegamos el 11 á las diez de la mañana. Pasé dos dias con Mr. Caffé y Mr. de Saint-Marcel, y partí el 13 para Alejandria. Al abandonar el Egipto, lo saludé con estos hermosos versos, tomados de *La Navigation*, de Mr. Esmenard:

Mere antique des arts et des fables divines,  
Toi, dont la gloire assise au milieu des ruines  
Etonne le génie et confond notre orgueil,  
Egypte vénérable, où du fond du cercueil,  
Ta grandeur colossale insulte á nos chimères,  
C'est ton peuple qui sut, á ces barques légères,  
Dont rien ne dirigeait le cours audacieux,  
Chercher des guides sûrs dans la vouée des cieus.  
Quand le fleuve sacré qui féconde tes rives,  
T'apportait en tribut ses ondes fugitives,  
Et, sur l'émail des prés égarant les poissons,  
Du limon de ses flots nourrissait les moissons,  
Les hameaux, dispersés sur les hauteurs fertiles,  
D'un nouvel Océan semblaient former les îles;  
Les palmiers, ranimés par la fraîcheur des eaux,  
Sur l'onde salutaire abaissaient leurs rameaux;  
Par les feux du Cancer Syéne poursuivie  
Dans ses sables brûlants sentait filtrer la vie;  
Et des murs de Péluse aux lieux où fut Memphis,  
Mille canots flottaient sur la terre d'Isis.  
Le faible papyrus, par des tissus fragiles,  
Formait les flancs étroits de ces barques agiles,  
Qui, des lieux séparés, conservant les rapports,  
Réunissaient l'Égypte en parcourant ses bords.  
Mais lorsque dans les airs la Vierge triomphante  
Ramenait vers le Nil son onde décroissante,  
Quand les troupeaux belants et les épis dorés  
S'emparaient á leur tour des champs désaltérés,  
Alors d'autres vaisseaux á l'active industrie,  
Ouvraient des aigilons l'orageuse patrie.

Alors mille cités que décoraient les arts,  
L'immense Pyramide, et cent palais épars,  
Du Nil enorgueilli couronnaient le rivage.  
Dans les sables d'Ammon le porphyre sauvage,  
En colonne hardie élané dans les airs,  
De sa pompe étrangère étonnait les déserts.

O grandeur des mortels! O temps impitoyable!  
Les destins sont comblés: dans leur course immuable,  
Les siècles ont détruit cet éclat passager  
Que la superbe Egypte offrit á l'étranger.

En el mismo dia llegué á Alejandria á la siete de la noche.

Mr. Drovetti me habia fletado un buque austriaco para Túnez. Este buque, de porte de ciento veinte toneladas, estaba dirigido por un ragusano; el segundo capitan se llamaba *Francisco Dimetti*, jóven veneciano, excelente náutico. Los preparativos del viaje y las tempestades nos detuvieron en el puerto diez dias, que empleé en recorrer una y otra vez la ciudad.

En una nota de los *Mártires* he citado un largo pasaje de Estrabon que da los detalles mas satisfactorios acerca de la antigua Alejandria; la nueva no es menos conocida, gracias á Mr. Volney, que nos la ha pintado de la manera mas completa y fiel. Invito á los lectores que recorran este cuadro, pues no hay en nuestro idioma un fragmento mejor en el género descriptivo. Por lo que respecta á los monumentos de Alejandria, Pococke, Norden, Shaw, Thevenot, Pablo Lucas, Tott, Niebuhr, Sonnini y otros ciento, los han examinado, contado y medido. Me limitaré, pues, á citar aqui la inscripcion de la columna de Pompeyo, creyendo ser el primer viajero que la ha dado á conocer en Francia (1). El mundo sabio la debe á algunos oficiales ingleses que lograron vaciarla en yeso.

(1) Me equivocaba. Mr. Jaubert habia llevado esta inscripcion á Francia antes que yo. El sabio d'Ansse de Viloi-



Pocoke habia copiado algunas letras; muchos viajeros la habian visto, y yo mismo he descifrado á la simple vista muchos rasgos, entre otros el principio de esta palabra *Λιου...*, que es decisiva. El vaciado del yeso presenta estas cuatro líneas:

TO... ΩΤΑΤΟΝ, ΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΑ  
ΤΟΝ ΠΟΛΙΟΥΧΟΝ, ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΣ  
ΔΙΟΚ. Η. ΙΑΝΟΝ ΤΟΝ... ΤΟΝ  
ΠΟ... ΕΠΙΡΧΟΣ ΑΙΓΥΠΤΟΥ.

Introduciendo en esta inscripciones algunas ligeras variantes, su traduccion es la siguiente:

«Al muy sabio emperador protector de Alejandria, Diocleciano Augusto; Polion, prefecto de Egipto.»

Así, pues, todas las dudas relativas á la columna de Pompeyo están aclaradas, por lo que atañe á la inscripcion, pues la columna es mucho mas antigua que su dedicatoria. ¿Pero la historia enmudece sobre el particular? Me parece que en la Vida de uno de los



INTERIOR DEL SEPULCRO DE LOS REYES.

Padres del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un terremoto de Alejandria cayeron todas las columnas, esceptuando la de Diocleciano.

son la descifró en un artículo del *Almacen Enciclopédico*, año VIII, tom. V, pág. 53. Este artículo merece ser citado. El docto helenista propone una lectura un poco diferente de la mia.

Mr. Boissonade, á quien tantos favores debo, y cuyo complaciente carácter he sometido á tan grandes y largas pruebas, propone suprimir una palabra de mi interpretacion, que solo sirve para regir unos acusativos, y cuyo lugar no está señalado en la base de la columna. Mr. Boissonade, destinado á consolarnos de la pérdida ó la vejez de tantos ilustres sabios; tiene indudablemente razon.

En Alejandria tuve una de esas pequeñas satisfacciones de amor propio de que tanto se ufanan los autores, y que ya me habian halagado tanto en Esparta. Un turco rico, viajero y astrónomo, llamado *Aly-Beyel Abassi*, que habia oido pronunciar mi nombre, dijo que conocia mis obras. Habiendo ido á visitarle, acompañado del cónsul, no bien me vió exclamó abrazándome: ¡Ah! mi querido *Atala*, mi

querido *René*! Inútil es decir que *Ali-Bey* me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Y aun estoy algo persuadido que es el turco mas sabio y cortés del mundo, aunque no conozca mucho los nombres franceses; pero *non ego paucis offendar maculis* (1).

Si el Egipto me habia encantado, Alejandria me pareció el lugar mas triste y desolado de la tierra.



VISTA EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

Desde la azotea de la casa del cónsul descubria un mar desnudo que se estrellaba sobre unas rocas bajas, aun mas desnudas; unos puertos igualmente vacios, y el desierto líbico perdiéndose en el horizonte de Mediodia; este desierto parecia acrecentar y prolongar, por decirlo así, la superficie amarilla y plana de las olas; hubiérase creído ver un solo mar dividido en dos mitades, la una agitada y estrepitosa, inmóvil y muda la otra. Vease por donde quiera á la nueva

Alejandria mezclar sus ruinas con las de la antigua ciudad; un árabe, caballero en un jumento en medio de los escombros; algunos perros exánimes devorando en la playa los esqueletos de los camellos: los pabe-

(1) ¡Hé aquí lo que es la gloria! Hánme dicho que este pretendido *Ali-Bey* es español, y que desempeña actualmente un empleo en su patria: ¡Eselente leccion para mi vanidad! *Nota de la tercera edicion.*



llones de los cónsules europeos flotando sobre sus respectivos domicilios, y desplegando entre los sepulcros sus enemigos colores; ¡hé aquí el panorama de Alejandría!

Algunas veces montaba á caballo en compañía de Mr. Drovetti, é íbamos á pasear por la ciudad antigua, por Necrópolis, ó por el desierto. La barrilla cubría escasamente un árido arenal; los chacales huían al vernos; una especie de grillo hacía oír su voz aguda y enojosa y recordaba, nuncio de tristeza, el hogar del Labrador en aquella ingrata soledad donde nunca el humo campestre llama al viajero á la tienda del árabe. Y esos lugares son tanto mas melancólicos cuanto que los ingleses han destruido el espacioso estanque que servía como de jardín á Alejandría; la vista, pues, no halla ya sino unos arenales monotonos, unas aguas sin animación y la eterna columna de Pompeyo.

Mr. Drovetti había hecho construir sobre la azotea de su casa una pajarera á modo de tienda, donde criaba codornices y perdices de diferentes especies. Pasábamos horas enteras paseando por ella y hablando de la Francia, siendo la conclusión de todos nuestros discursos que era preciso buscar á la posible brevedad algún pequeño retiro en nuestra patria, para encerrar en él nuestras grandes esperanzas. Cierta día, después de un largo razonamiento acerca del reposo, me volví hácia el mar y mostré á mi amigo el bajel combatido por el viento, á que en breve había de confiar mi existencia. No digo que el deseo del descanso no sea muy natural en el hombre; empero el objeto que nos parece menos elevado no es siempre el de mas fácil logro; ah! muchas veces nos es tan imposible alcanzar una choza como un palacio.

El cielo se mantuvo constantemente encapotado durante mi permanencia en Alejandría, y el mar, sombrío y tormentoso. Me dormía y me despertaba al eterno gemido de las olas, que se estrellaban iracundas casi al pié de la casa del cónsul, y hubiera podido aplicarme las reflexiones de Eudoro, si es permitido citarse á sí mismo.

«El triste murmullo del mar fue el primer rumor que resonó en mi oído al abrir mis ojos á la luz. ¡En cuántas costas he visto después romperse las mismas olas que contemplo aquí! ¡Quién me hubiera dicho algunos años há que oíría gemir en las costas de Italia, en los arenales de los bátavos, los bretones y los galos aquellas olas que veía desarrollarse en las hermosas arenas de la Mesenia! ¿Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Dichoso yo si la muerte me hubiera sorprendido antes de empezar mis escursiones en la tierra, cuando no tenía aventura alguna que contar!»

Durante mi forzosa residencia en Alejandría recibí muchas cartas de Mr. Caffé, mi animoso compañero de viaje por el Nilo. No haré mención sino de una, por contener algunos interesantes pormenores relativos á los negocios del Egipto en aquella época:

Roseta, 4 de febrero de 1806.

SEÑOR:

«Aunque estamos en el 14 del corriente, tengo el honor de volver á escribiros, persuadido de que al recibo de esta os hallareis aun en Alejandría. Habiendo escrito cuatro cartas para París, me tomo la libertad de recomendaroslas para que tengais la bondad de hacerlas llegar á sus respectivos destinos á vuestro feliz regreso á dicha capital.

«Mahamed-Agá, actual tesoro de Mahamed-Alí, pachá del Cairo ha llegado hoy á medio día, y circula el rumor de que ha impuesto quinientas bolsas de contribucion sobre el arroz de la nueva cosecha. Ved aquí como los negocios van de mal en peor.

«La aldea donde los mamelucos han batido á los albaneses, y que ha sido saqueada por unos y otros, se llama *Neklé*; la en que hemos sido atacados por los árabes tiene por nombre *Saffi*.

«No ceso de sentir no haber tenido la satisfacción de veros antes de vuestra partida; en esto me habeis privado de un gran placer, etc.

«Vuestro humilde y afectuoso servidor, etc.

L. E. CAFFE.

El 28 de noviembre á medio día, habiéndose declarado un viento favorable, me trasladé á bordo del buque con mi criado francés, pues había enviado, como he dicho, mi criado griego á Constantinopla. Abracé en la playa á Mr. Drovetti, y nos prometimos amistad [y recuerdos: hoy le pago mi deuda, lleno de placer.

Nuestra embarcación estaba anclada en el gran puerto de Alejandría, donde los buques francos son admitidos en la actualidad como los turcos: ventaja debida á nuestros ejércitos. Encontré á bordo un rabino de Jerusalém, un herberisco y dos pobres moros de Marruecos, tal vez descendientes de los Abencerajes, que volvian de la peregrinación á la Meca, y me pedían su paso por caridad. Recibí á los hijos de Jacob y Mahoma en nombre de Jesucristo; en realidad no tenía gran mérito en ello, porque imaginé que aquellos desgraciados serian para mí mensajeros de felicidad, encubriendo mi fortuna con su miseria.

Zarpamos á las dos, y un piloto nos puso fuera del puerto. El viento era débil y de la parte del Mediodía, por lo cual permanecimos tres días á la vista de la columna de Pompeyo, que descubríamos en el horizonte. En la tarde del tercer día oímos el cañonazo con que el puerto de Alejandría anunciaba nuestra desaparición. Este disparo fue como la señal de nuestra partida definitiva, porque se levantó el viento del Norte é hicimos vela á Occidente.

Intentamos atravesar el gran canal de Libia; pero el citado viento, que ya no era muy favorable, se declaró al Noroeste el 29 de noviembre, y nos vimos precisados á hacer repetidas abordadas entre la Creta y la costa de África.

Fijándose el viento al Oeste el 1.º de diciembre, nos cerró completamente la travesía. Poco á poco fue inclinándose al Sudoeste, trocándose en una tempestad que no cesó hasta nuestra llegada á Túnez. Nuestra navegación fue una especie de no interrum-pido naufragio de cuarenta y dos días; lo que á la verdad es algo largo. El 3 amainamos todas las velas y empezamos á huir impelidos por la marejada; y de esta suerte fuimos arrastrados con extraordinaria violencia hasta las costas de la Caramania, desde donde ví á mi placer, por espacio de cuatro días enteros, las tristes y erhiestas cumbres del Crago, envueltas en tempestuosas nubes. Azotábamos el mar en todas direcciones, procurando alejarnos de la tierra, á la menor variación del viento. Durante algunos momentos nos propusimos entrar en el puerto de Castillo-Rojo; pero el capitán, hombre tímido en demasía, no se atrevió á fondear en él. La noche del 8 fue terrible. Una ráfaga repentina del Mediodía nos impulsó á la isla de Rodas, siendo las oleadas tan cortas y rudas que molestaban no poco la nave. Entonces descubrimos un falucho griego, medio anegado, teniendo el desconsuelo de no poder procurarle ningún socorro, á pesar de hallarse á la distancia de dos cables de nuestra popa. Los cuatro hombres que lo tripulaban estaban arrodillados en el puente; habían colgado un farol en su mástil, y exhalaban gritos que los enemigos vientos nos traían. ¡Al día siguiente no vimos ya al desventurado falucho!

Habiendo pasado el viento al Norte cortamos el trinquete, procurando sostenernos en la costa me-

ridional de Rodas, y avanzamos hasta la isla de Escarpanto. El 10, el viento volvió á caer al Oeste, y perdimos toda esperanza de continuar nuestro derrotero. Yo deseaba que el capitán renunciase á la idea de pasar el canal de Libia, y que se encaminase al Archipiélago, donde nos prometíamos hallar otros vientos; pero temía aventurarse en medio de aquellas islas. Hacia ya diez y siete días que estábamos en el mar, y para entretener mi tiempo copiaba y ordenaba las notas de este viaje y las descripciones de los *Mártires*. En la noche me paseaba por el puente con el segundo capitán Dinelli. Las noches trascurridas en medio de las olas en un bajel azotado por la tempestad, no son estériles para el alma, porque las sublimes concepciones brotan de estos espectáculos. Las estrellas que se muestran fugitivas entre las rotas nubes; las olas que en torno centellean; los golpes de mar que hacen salir un sordo rumor de los costados de la nave; el áspero gemir del viento en los inseguros mástiles: todo anuncia al marino que se halla fuera del poder del hombre, y que solo depende ya de la voluntad de Dios. La incertidumbre del porvenir presenta los objetos en su verdadero valor; que la tierra, contemplada desde un mar proceloso, se asemeja á la vida considerada por un hombre próximo á su fin.

Después de haber medido veinte veces las mismas olas, volvimos á hallarnos el 12 delante de la isla de Escarpanto. Esta isla, llamada antiguamente *Carpathos* y *Crapathos* por Homero, dió su nombre al mar Carpacio. Algunos versos de Virgilio forman hoy toda su celebridad:

«Est in Carpathio Neptuni gurgite vates  
Ceruleus Proteus, etc.»

«Protée, ó mon cher fils! peut seul finir tes maux;  
C'est lui que nous voyons, sur les mers qu'il habite,  
Atteler á son char les monstres d'Amphitrite;  
Pallène est sa patrie, et dans ce meme jour  
Vers ces bords fortunés il hâte son retour.  
Les Nymphes, les Tritons, tous, jusqu'au vieux Nérée,  
Respectent de ce dieu la science sacrée;  
Ses regards pénétrants, son vaste souvenir,  
Embrassent le present, le passé, l'avenir:  
Précieuse faveur du dieu puissant des ondes,  
Dont il pait les troupeaux dans les plaines profondes.»

No iré, si puedo evitarlo, á habitar la isla de Protee, no obstante los hermosos versos de las *Geórgicas* francesas y latinas. Aun me parece ver las tristes aldeas de Anquimates, de Oro y San Helias, que descubrimos á favor de los anteojos marinos en las montañas de la isla. No he perdido como Menelao y Aristeo, mi reino ó mis abejas; nada espero del porvenir, y abandono al hijo de Neptuno unos secretos que no pueden interesarme.

El 12 á las seis de la noche, el viento se dirigió al Mediodía, y persuadi al capitán á que pasara delante de la isla de Creta, á lo que accedió con trabajo. A las nueve gritó como de costumbre: *¡Ho paura!* y fue á acostarse. Mr. Dinelli tomó á su cuidado el salvar el canal formado por la isla de Escarpanto y la de Coxo, y entramos en él con un impetuoso viento del Sudeste. Al amanecer nos hallamos en medio de un archipiélago de islotes y de escollos que blanqueaban en todas direcciones. En vista de esto, tomamos el partido de fondear en el puerto de la isla de Estampalia, que teníamos á la vista.

Aquel triste puerto no tenía bajeles en sus aguas ni casas en sus orillas. Únicamente se descubría una miserable población suspendida por decirlo así, como de costumbre, en la cima de un peñasco. Anclamos en la costa, y desembarqué con el capitán. Mientras este subía al pueblo, examiné el interior de la isla, donde solo ví espesos matorrales, aguas que vagaban y se perdían entre el musgo, y el mar que se estrellaba en una larga serie de escollos. No obstante, los antiguos

denominaron esta isla la *Mesa de los Dioses*, á causa de las flores de que estaba sembrada. Es mas conocida con el nombre de *Astipalea*, y en ella había un templo de Aquiles. Tal vez hay gentes muy felices en las miserables barracas de Estampalia; gentes que acaso nunca han salido de su isla, y que nunca han oído hablar de nuestras revoluciones. Preguntábame si hubiera deseado tal felicidad; pero yo era ya un viejo piloto, incapaz de responder afirmativamente á esta pregunta, pues sus ensueños son hijos de los vientos y las tempestades.

Nuestros marineros embarcaron agua, y el capitán volvió con unos pollos y un cerdo vivo. Un falucho candiote entró tambien en el puerto, y no bien echó el ancla á nuestro lado, la tripulación se puso á bailar en derredor del timon: *¡O Grecia vana!*

El viento continuó soplando del lado del Mediodía; y aparejando el 16 á las nueve de la mañana, pasamos al Sur de la isla de Nanfia, y al ponerse el sol divisamos la Creta. Al siguiente día (17), haciendo rumbo al Noroeste, descubrimos el monte Ida cuya cima cubierta de nieve parecía una inmensa cúpula. Nos encaminamos á la isla de Cérigo, y tuvimos la buena suerte de pasarla el 18. El 19 volví á ver las costas de la Grecia, y saludé el Tenaro; entonces se levantó, con gran júbilo nuestro, una tempestad del Sudeste, y en cinco días llegamos á las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Navidad, en cuyo día el viento se fijó al Oeste-Noroeste y nos llevó al Mediodía de Lampedusa, permaneciendo diez y ocho días en la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Jamás olvidaré el día 28. Nos hallábamos á la vista de Pantaleria, cuando de repente se declaró á medio día una calma profunda; el cielo, alumbrado por una luz descolorida, se mostraba amezador, y al ponerse el sol, se estendió por el cielo una noche tan profunda, que justificó á mis ojos la hermosa frase de Virgilio: *Ponto nox incubat atra*. Poco después oímos un estruendo pavoroso: un huracán rompió sobre el bajel, y lo hizo girar cual una liviana pluma sobre un estanque. En un momento se alborotó de tal suerte, que su superficie presentó una inmensa llanura de espuma. La nave, rebelde ya al timon, parecía un punto negro en medio de aquella espantosa blancura; el torbellino nos arrebataba, arrojándonos al parecer á las olas; girábamos en todos sentidos, sumergiendo alternativamente la popa y la proa en los abismos de las tronadoras aguas. La nueva aurora vino á mostrarnos toda la gravedad del peligro, pues casi tocábamos la isla de Lampedusa. El mismo huracán estrelló contra las costas de Malta dos buques ingleses, desastre de que los periódicos de entonces dieron noticia. Considerando Mr. Dinelli inevitable el naufragio, escribí un billete concebido en estos términos: «F. A. de Chateaubriand naufragó en la isla de Lampedusa el 28 de diciembre de 1806, al volver de la Tierra-Santa,» y lo encerré en una botella vacía, con la mira de arrojarlo al mar en el momento supremo.

La Providencia se dignó salvarnos. Un ligero cambio en el viento nos llevó al Mediodía de Lampedusa, donde nos hallamos en un mar libre. El viento continuaba subiendo al Norte, por lo cual nos atrevimos á izar una vela, y corrimos hácia la pequeña sirte. El fondo de esta se eleva progresivamente hasta la costa, de manera que navegando con la sonda en la mano, se fondea al número de brazas que se quiere. La escasa profundidad del agua hace que la mar se muestre en calma en medio de los vientos mas rucios; y esta playa, tan peligrosa para las embarcaciones de los antiguos, es una especie de puerto en plena mar para las naves modernas.

Fondeamos delante de las islas de Kerkeni, muy inmediatas á la línea de las pesquerías. Tan cansado me hallaba de aquella interminable y peligrosa trave-



sia, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y desde allí dirigirme por tierra á Túnez; pero el capitán no se atrevió á buscar este puerto, cuya entrada es en efecto peligrosa. Ocho días permanecimos anclada en la pequeña sirte, donde vi empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos astros, y en cuán diferentes fortunas había visto ya renovarse para mí los años que se deslizan tan rápidos, ó que se arrastran tan lentos! ¡Cuán lejos de mí estaban los tiempos felices de mi niñez, en que recibía con un corazón que palpitaba de alegría la bendición y los presentes paternales! ¡Con cuánta vehemencia esperaba el primer día del año! ¡Y entonces, en extranjera nave, en medio del borrascoso mar, á la vista de una tierra bárbara, ese primer día volaba para mí sin tiempos de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco y los dos moros salieron de la cala del buque, y vinieron á recibir sus aguinaldos en nuestro festín; ¡tal era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, no lejos de la isla de los Lotófagos, donde los compañeros de Ulises olvidaron su patria, aunque no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mía.

Tocábamos casi las islas de Kerkeni, las *Cercinae* de los antiguos. En tiempo de Estrabon había pesquerías en frente de estas islas, como en la actualidad. Las *Cercinae* fueron testigos de dos grandes reveses de fortuna, porque vieron pasar alternativamente fugitivos á Aníbal y Mario. Estábamos cerca de África (*Turris Annibalis*), donde el primero de estos eminentes varones se vió precisado á embarcarse para sustraerse á la ingratitud de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna: segun el doctor Shaw, deriva su nombre de la palabra *Sfakousse*, en razon de la multitud de cohombres que crecen en su territorio.

El 6 de enero de 1807 se aplacó al fin la tempestad; y abandonando la pequeña sirte, subimos á lo largo de la costa de Túnez, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 echamos anclas delante de la Goleta, escala ó puerto de Túnez. Enviamos á tierra el bote, y escribí á Mr. Devoise, cónsul francés cerca del bey, pues temia sufrir otra cuarentena, pero el cónsul me alcanzó el permiso de desembarcar el 18; no puedo expresar la alegría con que abandoné el buque. Alquilé caballos en la Goleta; y dando la vuelta al lago, llegué á las cinco de la noche á casa de mi nuevo huésped.

## SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

### VIAJE Á TÚNEZ Y REGRESO Á FRANCIA.

EN casa de Mr. y madama Devoise hallé la hospitalidad mas generosa y la sociedad mas amable; tuvieron la bondad de retenerme seis semanas en el seno de su familia, y al fin disfruté un descanso de que me sentia harto menesteroso. Acercábase el Carnaval, y todos pensaban en divertirse y reír á despecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de Cartago oían el sonido del violin francés. Nadie se cuidaba de Escipion ni de Aníbal, ni de Mario, ni de Caton de Útica, á quien se hubiera hecho beber (pues era aficionado al

vino), si le hubiese pasado por las mientes la idea de ir á acechar la alegre concurrencia. Solo San Luis hubiese sido respetado en su calidad de francés; pero el buen y gran rey no hubiese visto con disgusto que sus súbditos se solazasen en el mismo lugar donde tanto había sufrido.

El carácter nacional es indeleble. Nuestros marinos dicen que en las nuevas colonias los españoles empiezan por edificar una iglesia, los ingleses una taberna y los franceses un fuerte; yo añado una sala de baile. Hallándome en América, en la frontera de los países salvajes, supe que á la primera jornada hallaria entre los indios á un compatriota mio. Al llegar á los Cayoungas, tribu que formaba parte de la nacion de los Iroqueses, mi guia me llevó á un bosque, en cuyo centro se veia una especie de granja donde hallé unos veinte salvajes entre hombres y mujeres, pintarrajeados á manera de hechiceros, medio desnudos, con las orejas recortadas, sendas plumas de cuervo en la cabeza, y gruesos anillos pasados para la extremidad de la nariz. Un francés empolvado y peinado como en otro tiempo, con casaca color verde-manzana, chupa de droguete (1), guirindola y vuelos de muselina, tocaba, mejor diria rascaba un violin de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet (que tal era su nombre), era profesor de baile entre los salvajes, que le pagaban gozosos sus lecciones en pieles de castor y pernils de oso; habia sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva-York despues de la retirada de nuestro ejército, concibió el alto propósito de enseñar las bellas artes á los americanos. Habiendo visto coronadas sus flandrópicas miras con un resultado feliz, el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores salvajes y estas señoras salvajes,» felicitábase mucho de la agilidad de sus discípulos, y en verdad con razon, pues en toda mi vida he visto hacer tan descomunales piruetas. Mr. Violet, teniendo su violinejo entre su barba y pecho, templaba el fatal instrumento, y gritaba en iroqués: «¡Cada cual á su puesto!» Y la regocijada turba saltaba y brincaba como una bandada de demonios. ¡Ved aquí el genio de los pueblos!

Bailamos á nuestra vez sobre las ruinas de Cartago. Habiendo vivido en Túnez absolutamente como en Francia, dejaré ya de seguir las fechas de mi diario. Trataré, pues, los asuntos de una manera general, y segun el orden en que se presenten á mi memoria. Pero antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar á las diferentes personas que conocí en Berbería. Además del cónsul de Francia, veia con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, y á su cuñado Mr. Humbert, oficial de ingenieros holandés, gobernador de la Goleta, en cuya compañía visité las ruinas de Cartago, teniendo muchos motivos para elogiar su carácter complaciente y cortés. Encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados-Unidos. Yo habia sido recomendado en otro tiempo en América al general Washington; y habiendo ocupado Mr. Lear un puesto cerca de este gran hombre, quiso hacerme dar paso, en memoria de mi ilustre patron, en un schooner de los Estados-Unidos. Este schooner me dejó en España, como diré al fin de este *Itinerario*. Por último, vi en Túnez, tanto en la legacion como en la ciudad, á muchos franceses jóvenes á quienes no era extraño mi apellido. Ni debo olvidar los restos de la apreciable familia de Mr. Andanson.

Si la multitud de relaciones fatiga al escritor que se propone hablar en la actualidad del Egipto y la Judea, experimenta respecto de las antigüedades de África un inconveniente enteramente contrario por la

(1) Cierta género de tela.

escasez de documentos. No porque carezcamos de *Viajes á Berbería*, pues conozco hasta treinta *Relaciones* de los reinos de Marruecos, Argel y Túnez, sino porque estas relaciones son incompletas. Entre los antiguos *Viajes* debemos hacer mérito de la *Africa ilustrada* de Graminaye, y la erudita obra de Shaw. Las *Misiones* de los frailes trinitarios y mercenarios encierran milagros de caridad, pero no hablan, ni deben hablar, de los romanos y los cartagineses. Las *Memorias* impresas á continuacion de los *Viajes* de Pablo Lucas, solo contienen la relacion de una guerra civil en Túnez. Shaw hubiera podido suplirlo todo, si hubiese hecho estensivas sus investigaciones á la historia; pero por desgracia no la considera sino bajo el punto de vista geográfico, y toca de paso las antigüedades; Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas lugar que Túnez. Entre los viajeros modernos, lady Montague, el abate Poiret y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras acerca de Cartago, pero sin pintarla bajo ningun aspecto. En Milan vió la luz pública en 1806, año de mi viaje, una obra titulada: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichità ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d' un dilettante*.

Creo que en este libro se habla de Cartago, pero lei el anuncio demasiado tarde para hacerlo venir de Italia. Puede decirse, por consiguiente, que el asunto que voy á tratar es nuevo; abriré el camino, y me seguirán los eruditos.

Antes de hablar de Cartago, único asunto interesante aquí, es preciso empezar por desembarazarnos de Túnez. Esta ciudad conserva casi su antigua denominacion. Los griegos y latinos le llamaban *Tunes*, y el mismo Diodoro le da el epíteto de *Blanca*, por hallarse construida sobre una colina gredosa, á doce millas de Cartago, y casi á la orilla de un lago cuya agua es salada. Este lago comunica con el mar, por medio del canal llamado la *Goleta*, que está defendido por un castillo. Los buques mercantes fondean delante de él, ó se ponen al abrigo detrás del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de anclaje.

El lago de Túnez podia servir de puerto á las escuadras de los antiguos; pero actualmente una de nuestras barcas tiene mucho trabajo en atravesarlo sin encallar. Para evitarlo, es preciso seguir el canal principal, indicado por unas gruesas estacas clavadas en su fondo. Abulfeda señala en este lago una isla que sirve actualmente de lazareto. Algunos viajeros han hablado de los flamencos ó feniciopteros que animan aquel lagunazo, por otra parte bastante triste. Cuando estos hermosos pájaros vuelan en busca del sol, alargando su cuello, hácia delante y estirando hácia atrás sus patas, parecen flechas rodeadas de plumas de color de rosa.

Para llegar á Túnez desde las orillas del lago, es preciso atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está amurallada, y su circuito es de cerca de una legua, comprendiendo el arrabal exterior, llamado *Bled-el-Had-rah*. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, y las mezquitas miserables. El pueblo, que se deja ver poco, tiene algo de feroz y salvaje. A las puertas de la ciudad se halla lo que se llama los *Siddi* ó los *Santos*: estos son unos negros y negras enteramente desnudos, devorados por ciertos parásitos, y revueltos entre inmundicia, que comen con insolencia el pan de la caridad. Aquellos nauseabundos seres están bajo la inmediata proteccion de Mahoma. El resto de la poblacion se compone de traficantes europeos, de turcos matriculados en Esmirna, de moros degenerados, de renegados y cautivos.

Los alrededores de Túnez son agradables, pues presentan vastas llanuras sembradas de trigo y rodeadas de colinas á que prestan sombra muchos olivos y algarrobos. Un acueducto moderno, de buen efecto, atraviesa un valle á espaldas de la ciudad; el bey tiene su casa de campo en el fondo de este valle. Desde

Túnez se descubren al Mediodia las colinas de que he hablado. Al Oriente se ven las montañas de Mamelife, de caprichosos perfiles y estraña figura, á cuyo pié se encuentran las aguas calientes conocidas de los antiguos. Al Norte y Occidente la vista se espacia por el mar, el puerto de la Goleta y las ruinas de Cartago.

Los tunecinos son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel, pues dieron asilo á los moros de Andalucia que habitan en Tub-urbo, á seis leguas de Túnez, sobre el Me-Jerdah (1). El bey actual es un hombre discreto, que procura sustraerse á la dependencia de Argel, á que está sometida Túnez desde su conquista por los argelinos en 1757. Este principe habla el italiano, se produce con talento, y entiende mejor la política europea que la mayor parte de los orientales. Sabido es que Túnez fue embestida por San Luis en 1270, y tomada por Carlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se relaciona con la historia de Cartago, hablaré de ella en otra parte. Carlos V derrotó al famoso Barba-Roja, y restableció en su trono al rey de Túnez, obligándolo, no obstante, á pagar un tributo á España; puede consultarse acerca de esto la obra de Roberston (2). Carlos V retuvo en su poder la Goleta; pero los turcos volvieron á tomarla en 1574.

Nada digo de la Túnez de los antiguos, porque no tardaremos en verla figurar en las guerras de Roma y Cartago.

Por lo demás, en Túnez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, su comercio, sus rentas, sus ejércitos y sus caravanas. No he querido aprovecharme de este manuscrito, cuyo autor no conozco; pero sea quien fuere, es justo que recoja el honor debido á su trabajo, por lo cual, publicaré esta escelente *Memoria* al final de este *Itinerario* (3). Paso ahora á ocuparme de la historia y de las ruinas de Cartago.

El año 883 antes de nuestra era, precisada la reina Dido á abandonar su patria, fue á abordar al África. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió tambien su nacimiento á una de esas trágicas aventuras que señalan el origen de los pueblos, y que son como el germen ó presagio de esos males, frutos mas ó menos tardios de toda humana sociedad. Nadie ignora el feliz anacronismo de la *Eneida*. Tal es el privilegio del genio, que los infortunios poéticos de Dido forman parte de la gloria de Cartago. A la vista de las ruinas de esta ciudad, se buscan ávidamente las llamas de la hoguera fúnebre; créese oír las imprecaciones de una mujer abandonada, y se admiran esas poderosas mentiras que pueden ocupar la imaginacion en los lugares llenos de los mas altos recuerdos históricos. En verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma, y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á los ruegos del Amor, escucha los votos del aborrecimiento, y niega á Dido un descendiente de Eneas y le concede un Aníbal: tales portentos, espresados en un lenguaje maravilloso, no pueden pasar desapercibidos. La Historia ocupa entonces un puesto entre las Musas, y la ficcion se muestra tan grave como la verdad.

Despues de la muerte de Dido, la nueva colonia adoptó una forma de gobierno cuyas leyes ha encarecido Aristóteles. Unos poderes sabiamente equilibrados entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, subsistieron sin destruirse por espacio de siete siglos; y apenas sufrieron alguna alteracion por las sediciones populares y algunas conspiraciones de

(1) El Bagrada de la antigüedad, á cuya márgen mató Régulo la famosa serpiente.

(2) *Historia de Carlos V*, lib. V.

(3) No insertamos esta *Memoria*, por parecernos sobrado larga y de escaso interés para nuestros lectores. (N. del T.)